

Entre el hacha y el polvo del olvido

Reconozco que nunca me han gustado los eclécticos, tirando de ambos lados de la cuerda, dejando en permanente empate la partida para acabar llevándose el pañuelo que secará el sudor de... las pestañas. Los eclécticos en poesía (en el arte en general) tienen poco que ver con la palabra, confunden la imaginación con la maquinación, la sensibilidad con el apasionamiento, la técnica con el número de versos, y así sucesivamente hasta darse de bruces con el verso almibarado o gélido, que tanto da, como una tarjeta postal de aniversario. Ejemplos, haberlos haylos, pero permítanme tomarme la licencia de apartar de mí ese cáliz, de ahorrarme ese calvario. (Recorran esas oscuras antologías que pululan por algunas Bibliotecas y tendrán constancia del vía crucis del insomnio literario).

Hoy nadie cree que la poesía sea un arma cargada de futuro (por más que el verso conserve intacta su belleza), que la poesía vaya a cambiar el mundo. Resulta grotesco pensar que un buen recital de García Lorca trastoque las conversaciones SALT II o que

alguna vez los habitantes del Pentágono caigan en la cuenta de que los libros nacieron antes que las librerías.

Pero que nadie niegue a la poesía su vocación de utilidad pública, de puesta en común de las intrigas personales porque entonces habrá caído en el error de concebir la poesía *"como un lujo cultural de los neutrales"*. Coincido con Gabriel Celaya, en que *"hay que tomar partido hasta mancharse"*. Por eso reconozco que nunca me han gustado los eclécticos.

En esas circunstancias cayó en mis manos un libro de León Felipe (o quizá porque cayó en mis manos llegué a encontrarme en esas circunstancias). La *"Antología Rota"* circulaba de mano en mano, como un exorcismo por aquellos tiempos del franquismo y la revuelta. En su portada un retrato de León Felipe, a mitad de camino entre el Che Guevara y Fidel Castro. Una imagen (fuera del tópico) taciturna, huraña, solitaria, enigmática y quizá por todo ello sugestiva. León Felipe era un ilustre desconocido. Me recordaba un amigo que León Felipe sólo sonaba como acompañante de las grandes figuras poéticas. Era como recitar la lista de los reyes godos y llegar al último casi sin aliento. Y sin embargo entre la portada y la contraportada de aquel libro, clandestino que acababa con el manoseado poema *"Al glorioso general"*, se *"escondía"* un poeta, mitad fuerza, mitad tórmento, poeta prometeico, mitad Quijote, mitad Rocinante, a veces brisa y a veces galerna pero siempre viento en lucha constante con los molinos que esta vez si eran gigantes disfrazados. Poeta atormentado (*"Que me importa que se borren/los caminos de la tierra/con el agua/que ha traído esa tormenta?/Mi pena es porque esas nubes tan negras/han borrado las estrellas"*), anticlerical (*Pedro.../ Te dijo el señor en*

los Olivos/ cuando heriste con tu espada al siervo/ Mete esa espada en la vaina/ que ya sé a lo que vengo/ Y la metiste... con las cajas de caudales en el templo"), místico y Cristiano con mayúscula (*"Creo/ que un hombre honrado/ cuando nos da su pan/ tiene el cuerpo de Cristo entre los dedos"*) y así podríamos seguir hasta un larguísimo etcétera recorriendo el retrato interior de León Felipe, verso a verso. Un camino recorrido —y después ampliado— en las páginas de aquel libro que cayó entre mis manos como se cae una estrella: de milagro.

Un camino largo el de León Felipe por las rutas y sendas de España y América sin echar el ancla (como dice en uno de sus versos) hasta muy al final en México dejando atrás el pasado de su infancia provinciana (*"Debí nacer en la entraña/ de la estepa castellana/ y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada"*). Nacer, pasar por la infancia como un suspiro en tierras de Salamanca y la juventud por todos y cada uno de los pueblos de España después de intentar ejercer su profesión de boticario en Santander *"en la Montaña"*. Un camino que le trajo a Valmaseda a Tierras encartadas de Vizcaya con la botica a cuestas... Pero hay males que sólo se curan andando.

Y a los 39 años León Felipe llega a México (siempre México), dejando atrás sus tiempos de *"cómic de la legua"* por España y de inspector de hospitales por Africa, viajero impenitente a la gruta de Rocinante.

Es el tiempo de amar, de la plenitud de la juventud, de su matrimonio con la profesora mexicana Berta de Gamboa y de volver a levantar el polvo del camino, llenar alforjas y colgarse nuevamente a la grupa de Rocinante: *"Ponme a la grupa contigo/ caballero del honor/ ponme a la grupa contigo/ y llévame a ser contigo/ pastor"*. Un Rocinante que le lleva hasta New York, hasta la Universidad y que le pone en contacto con la os-



cura labor de recrear la creación literaria, de traducir con el mismo mimo que se traducen los pensamientos en palabras, las letras norteamericanas en letras españolas.

León Felipe se adelanta al tiempo y se recrea en Elliot, Whitman, Shakespeare, Franklin, Godden, etc, se interesa por el espacio sideral cuando aún el sputnik no había entrado en la imaginación de los hombres y traduce también a H.G. Wells, se afana en las exploraciones submarinas y traduce a William Beebe, inventor de la batisfera, y se sumerge en la paz, en el pacifismo, es decir en la violenta quietud de la esperanza, a través de Bertrand Russell a quien traduce su libro *"Libertad y organización"*.

Pero la paz está lejana, herida, encarcelada, ensangrentada, dolida, escupida, violada, asesinada, enterrada, pisoteada. La paz es sólo una palabra en España en 1936, a donde regresa nuevamente León Felipe desde México a hacerse carne en la guerra del Madrid sitiado por las fuerzas fascistas. Y de ese dolor inevitable, de ese punto de encuentro de todas las miserias, de ese encarnizado combate, sangre contra sangre, surge la voz más rabiosa, más *"Fieramente humana"* de León Felipe, incendiado en cada hoguera, muerto en cada bala, bombardeado en cada bombar-

deo. El dolor elevado a la enésima potencia: *"¿Por qué habéis dicho todos/ que en España hay dos bandos/ si aquí no hay más que polvo?"*. Es la España del hacha que inmortaliza León Felipe como un dolor prolongado en el costado: *"Fuimos un espectáculo anteayer/ pero hoy ya el circo está vacío"*. Un circo en el que al margen de la sangre rebeldada contra la propia sangre, León Felipe, ve irritado los designios extranjeros: *"España.../ ¿De qué otra tela nueva y extranjera/ van a cortarte ahora un sayal"*.

Y León Felipe vuelve a caminar a la grupa de un Rocinante cada vez más cansado, como un Quijote desvencijado con el yelmo carcomido por la herrumbre. León Felipe se va a su exilio mexicano con el hacha, el polvo, el poeta prometeico a cuestras, a esperar la luz de aquel candil —encendido en el *"Guernica"*— esparcerse por la tierra prometida: *"Ese caballo del "Guernica"/ no eres tú Rocinante/ Es tu hermano el bastardo"*. Y Rocinante y León Felipe dialogarán hasta un septiembre del 68 en que la muerte sobreviene de tanto caminar entre el polvo y la luz, entre la calma y la rabia, entre la ola y la marea, entre el relincho y el silencio; *"La gente suele decir/ los americanos/ los norteamericanos suelen decir: /León-felipe es un "Don Quijote/ No tanto gentlemen, no tanto/ Sostengo*



al héroe nada más/ Y si puedo decir/ y me gusta decir:/ que yo soy Rocinante/ No soy el héroe/ Pero le llevo sobre el magro espinazo de mis huesos...". León —Rocinante— Felipe que rebusca ahora la justicia que lo devuelva de las sombras, que lo retraiga de los gigantes—molinos, que lo devuelva su pluma como lanzas al lienzo del papel sobre la mesa:

"Justí, i-i-i... cia! /Oh, qué hermoso relicho/ The most beautiful neigh off the word!.

La justicia de la pasión, de la verdad empeñada en la esperanza, alejada de los eclécticos, del polvo y el hacha. La justicia del relincho de León Felipe, el más hermoso relincho del mundo. *The most beautiful neigh off te word!*

EDUARDO
RODRIGALVAREZ

